

bles, sustancias de *hierro*, de *oxígeno*, de *oro* y cuyas calidades desarrollan sus clases en la aglomeración, resultando los efectos que pertenecen á la sensibilidad, y los que pertenecen á la materia insensible.

### CAPITULO III.

#### YA ESTABA DIOS CON LAS SUSTANCIAS.

La nada no es un ser, ni tiene causa sin principio ni origen: es una eliminación del ser ó una idealidad sin forma.

Las sustancias tienen su ser en la existencia real, y tienen su causa sin principio ni origen. Al intervalo del uno al otro cuerpo es al que se le ha dado la significación de nada. El miope en sus observaciones ha visto un principio y un fin en los seres reales, y en su anomalía visionaria se ha confundido, y le ha supuesto un valor que no tiene á la *nada*, en donde por fin, halló una aseidad sin principio ni origen, de donde se han sucedido todas las demás cosas, llamándoles *seres materiales* á los que les atribuye un principio y un fin, y *seres espirituales*, á los que les otorga un principio sin fin. El tenebroso caos de principio y fin de las sustancias ha dado lugar á conjeturas. Por esto se ha concedido un valor á la *nada*, y por esto se encuentra siempre por delante el misterioso problema indefinible de principio en los seres. Esta argumentación sería llevadera en los pasados siglos cuando la química aun no manifestaba la composición y descomposición de los cuerpos; cuando no se sabía que las sustancias traen su ser infinitésimo. ¿Quién hay que haya manifestado en buena lógica el principio ó fin de las causas sustanciales? El que dé crédito al principio y fin

de la materia, y demás sustancias, es por que no se ha formado juicio de su estado, y solo ha visto como causa original las composiciones y descomposiciones de los cuerpos. El panorama del universo que se nos presenta á la vista, no es otra cosa que innumerables cuerpos compuestos en diferentes y variadas figuras y magnitudes que, si nos fuera dado que en nuestra presencia y á nuestras miradas se descompusieran hasta quedar en estado de átomos, veríamos desaparecer de improviso á todo el mundo, y todo sería invisible para nosotros, existiendo á nuestra presencia, sin embargo, desde el primero hasta el último de los átomos que, congregados ántes, nos presentaban el panorama del universo que admirábamos. Esto es lo que sucede con la infinidad de cuerpos que aparecen y desaparecen sin cesar, y por esto es que el miope cree en el principio y fin de la materia, sin comprender que permanece incólume en su estado sin origen de principio y eterna.

Pirron dice textualmente: "Lo que salió de la nada á la nada vuelve," y lo mismo aseguran Mirabeau, Danton y otros muchos. El miope que no alcanza á mirar y á palpar la sustancia material infinitésima, ve solo los cuerpos formados, pero no conoce la procedencia de ellos, y de allí viene que le concede principio y fin á la materia. Y no contento con que el espíritu corra igual suerte, lo ha distinguido eterno, y considerando una aseidad sin principio de otra causa para que saque de la nada todo lo creado, existente y por existir. Aquí es en donde esta clase de miopes ven un poco más que los ciegos, como Pirron, Mirabeau, Danton y otros, que suponen á las almas de la nada, salidas de allí para volver á ella.

Los seres reales no tienen causa de principio, y son eternos é infinitos, constituyéndose recíprocamente en causas de sus efectos. Si no admitimos esta razón que trae un sendero que nos puede guiar á punto de mejores

datos, tendremos que seguir buscando la solución del problema indefinible de buscar principio á los seres reales, y en tal caso preguntamos: Dios en su estado en que ya estaba, ¿de dónde sacó á la creación material y á la espiritual? Si se nos contesta que de la nada, luego la nada tiene un valor superior, ó al menos igual al ser que ya estaba y además depende de lo milagroso que, indagando el origen de principio de un milagro al otro, se confundiría en el caos de lo infinito, y esto degradaría á Dios en su estado, lo cual no puede ser así. Todas las sustancias ya estaban á un tiempo con el mismo Dios: esto nos dará razones concebibles, y nos llevará á dar una resolución de un problema definible que hasta ahora no se ha propuesto.

Los misterios que se han llamado “altos juicios de Dios,” se hallan en su ley de principio en la creación. Fuera de estos solo existen los misterios de las sustancias, pues como otros muchos que se han ido descubriendo por la inteligencia humana, al hombre le abriga la confianza de seguir descubriendo otros más, según le vaya siendo dado hacerlo.

Decimos “ya estaba Dios con las sustancias,” por que solo así se sacan definiciones razonadas: de lo contrario sería entrar en un caos de más allá de lo infinito.

Hemos dicho que en las indagaciones de la primera causa el hombre halló una aseidad sin principio de otra causa: nosotros hemos colocado á las sustancias inherentes á esa aseidad en lo que corresponde al no principio. El *ya estaba* corresponde á los seres reales, y se debe decir que antes de ellos no existía otra cosa: de entre estos seres viene la especie cualitativa de Dios, en que tanto los seres como esa aseidad son infalibles en su existencia real, pues se conocen sus especies por sus efectos.

Origen en las cosas, solo existe en la creación, y no en su sér fundamental: dicha creación no es otra cosa

que la transformación de las sustancias infinitésimas á cuerpos en reunión y combinados entre sí.

Dios con las sustancias son las causas de los efectos: así es que cuando se dice “no hay efecto sin causa,” es por que de allí viene su procedencia, y no hay que buscar causa á la misma causa que no tuvo ni origen, lo mismo que no se debe buscar principio al principio mismo. A Dios se le debe conceder sobre los demás seres una superioridad cualitativa en calidad, mas no una causa de principio en ellos. Si porque creemos que sea preciso que las primeras causas hayan tenido principio de otra anterior á ellas, y que esta otra causa sea el mismo Dios, está bien, lo admitimos como un prodigio milagroso de quien pudo hacerlo; pero nótese que lo admitimos solo por suposición de una causa anterior y por el gran poder de Dios para hacerlo; pero nos ocurre que en tal caso el milagro de Dios quedaria ofuscado por otro y otros superiores hasta lo infinito, y entonces la causa seria tambien infinita, sin que parara en ningun ser en donde residiera. A la vez que el mismo Dios que fué causa superior y anterior para las demás causas, tendría que proceder de otra superior y anterior á El, siguiendo de la misma manera una escala superior y anterior hasta lo infinito, en cuyo caos de principio quedaria anonadado el mismo Dios, por la precisión de suponer otra causa anterior. Pero si se nos dice que la causa primera es Dios, que ya estaba con la misma eternidad, y que por su gran poder hizo el milagro de hacer aparecer á las sustancias, siendo por esto Dios la causa de origen, diremos que los milagros no pueden ser admitidos ni por el mismo poder de Dios. La definición del milagro, es como sigue: “Obra ó acto contranatural, cuyas causas son desconocidas, y que por tanto se atribuye á la Omnipotencia, único poder capaz de alterar ó contrariar las leyes eternas de la naturaleza.” Siendo Dios quien dió las leyes eternas de la natura-

raleza, ¿cómo puede ni debe contrariarlas? La hechura de un milagro le daría por resultado la formación de una causa superior á El mismo. De la misma manera que Dios haría milagros para destruir las leyes que lo representan, de esa misma manera podría hacer otros para destruir la totalidad de sí mismo. Si se nos dice que los milagros son subalternados al servicio de su Autor sin que se le sobrepongan ni á sus leyes, objetamos que no es ese el sentido literal de la palabra "milagro" y además podría decirse que es más lógico suponer que las sustancias ya estaban con la misma eternidad de Dios, que atribuir un milagro que no podrá darse razón de su necesidad.

Las sustancias á quienes se les supone el milagro de Dios se hallarian en una categoría más elevada que la que pueden representar, siendo contemporáneas á la causa de Dios y de inferior calidad en el sér.

Dios no ha necesitado de milagros: los que pensando mejorar la situación de Dios, se los atribuyen, lo demeritan con ello, y complican la razón, queriéndola mezclar en el caos interminable de un principio, hasta más allá de lo infinito. El hecho milagroso trae de por sí una causa estupenda, portentosa y enlazada á una escala que va á dar al caos de la nada, porque el autor de un milagro es de suponerse que dimana de otro, y así sucesivamente, sin encontrar jamás el principio de la causa en la sustancia.

Dios y las sustancias ya estaban con la eternidad: de esta manera no hay complicación: son las primeras y únicas causas de donde dimanan todos los efectos. Esto no pertenece á milagro alguno, son las existencias que en todo tiempo ha contenido el Universo entero. Es, pues, el contenido de todos los seres, y lo que se separa de ellos es una idealidad con el nombre de la nada, en que la misma eternidad que tiene la no existencia de ésta, esa misma tiene la existencia de las sustancias todas.

#### CAPITULO IV.

##### ESTADO CUALITATIVO DE DIOS.

Dentro de las causas de los efectos universales se haya Dios constituido en la realidad; pero ¿en cuál de los efectos que hoy se nos manifiestan estará esa causa divina? No cabe duda que los seres difieren en clases, desde la materia inerte y tosca hasta los que representan el gran papel de la vida y la inteligencia en ella; pero ¿es este acaso el que está en el más encumbrado puesto de superioridad? Porque Dios debe ser y es quien supera en mejor calidad, y en tal caso, no conociendo á maravilla la existencia de su sér, debemos buscar dentro de las causas misteriosas que se nos presentan, aquella que produzca emanaciones superiores en sus efectos.

El calórico y la electricidad son dos agentes que obran en las reacciones químicas y efectos físicos, cuyas causas son misteriosas. El mundo que habitamos no es sino un laboratorio químico, en el cual dichos agentes son los inmediatos motores de las reacciones de la creación.

Está admitido que en su origen la tierra apareció en un núcleo de fuego, con una atmósfera de gases en su alrededor. De entónces á esta fecha se han sucedido infinidad de reacciones químicas y fenómenos físicos que han dado por resultado el estado actual en que hoy la conocemos. Las circunstancias en que se encontraban las sustancias que rodeaban á aquel núcleo de fuego representaban en parte su estado de sér sin origen de principio; ya sea que hayan venido del espacio infinito en ese estado, ó bien que despues de haber formado cuerpos hayan sido descompuestos en un conjunto de gases por la acción del calórico, y que segun este fué y ha ido bajando su temperatura, se fueron y se están obrando las reacciones químicas y efectos físicos en las forma-

ciones de cuerpos que se han efectuado y se están efectuando, segun necesitan de diferentes leyes graduales de calórico, para componerse y descomponerse, hasta venirse á formar, ya no del todo por aquel centro de fuego original, sino por la influencia del calórico solar que acompaña, en mucha parte, al que los cuerpos depositan por su origen de formacion.

A la incandescencia de este globo el calórico nos presentó el análisis de la materia en su estado de sér sin origen y en la formacion de los cuerpos nos presentó la síntesis de ella, en que por una ley de tendencias en los elementos para unirse, nos manifiesta un origen de creacion. Estos efectos naturales se hallan encaminados á suceso tal vez, hasta que se constituyan leyes que perpetúen, en un estado de sér, á las cosas creadas.

La luz es un efecto ó sustancia que se acompaña ó se reproduce entre las intimidades del calórico y de la electricidad. Por ella se patentiza la existencia material de los cuerpos, aunque están á distancias enormes, de lo que se deduce que existe una cadena sustancial en escala de superioridad del uno al otro eslabon, hasta llegar á la sustancia superior cualitativa de Dios.

Por lo expuesto vemos que el calórico y la electricidad son superiores á la materia que ya conocemos, pues han formado causa en el hecho de la creacion que reduce á la materia á hacerla visible y palpable al hombre.

No porque el calórico y en mucha parte la electricidad hayan formado causa en la creacion, creeríamos que fuesen entidades divinas, y aunque sus efectos son bien ordenados, no hay prévio acuerdo de lo hecho por tales agentes.

Todas las sustancias están en relacion unas con otras para producir efectos resultantes á sus calidades con su mútua union, y de aquí proviene la variacion de los efectos que todos son naturales por su orden de ser.

Se vé en todas estas formaciones la influencia de causas sustanciales: es cierto que en el análisis de los cuerpos organizados no se encuentra más que la materia ya conocida; pero tambien es cierto que en sus formaciones orgánicas se ven reglas de acuerdo independientes de las reacciones químicas que se obraron en la forma, y por esto es que se cree en la existencia de un sér Dios que obra de por sí, con acuerdo hasta de lo más minucioso de toda formacion natural. Tal atributo es un problema anómalo que no puede ser, porque así como diríamos que tal ser seria infinitamente grande, supuesto que estaba obrando de por sí en todas las formaciones infinitas del Universo, tambien diríamos que en sus obras no tenia la conciencia de haberlas concluido bien, supuesto que se ocupa en deshacer todo lo que hace en la creacion finita. Por otra parte, seria un sér universal sin la conciencia de sí mismo, que obraba para el bien general, sin dejar para sí ninguna circunstancia que le fuera útil ó favorable, porque un ser tan infinitamente extendido, estaria desvirtuado para sí mismo. Pero si no obra por sí sino por sus leyes en la naturaleza, estas son tantas y tan variadas, que en muchas se advierte que proceden de causas elementales ya conocidas, y otras que aun no conocemos, deben pertenecer tambien á causas que se hallan en la naturaleza misma, las cuales todas han necesitado del tiempo y del progreso para perfeccionarse, y quedan muchas produciendo resultados desacordes. Sin embargo, entre ese obrar por el acaso que nos presentan los elementos en la creacion de los cuerpos animales, se marcan dos excepciones en el resultado de la forma: una es la mezcla de un fluido de animacion comun que elabora en la forma un sistema que le sirve en toda ella, el cual da un resultado que indica idea de acuerdo en él, cuyas reglas pertenecen á la otra excepcion que dimana de un acuerdo previsto en el resultado de la mezcla ele-

mental. Esta excepcion que da reglas de acuerdo, es la ley de Dios que hace que las sustancias obran de por sí con su naturaleza de calidades innatas que las constituyen.

Una vez que dicha forma se haya animado por ese fluido de animacion comun, está en condiciones útiles para el alma que allí se halla. El acuerdo anticipado y fundado en la suprema razon, ha previsto con anterioridad el resultado de una fusion de sustancias, conveniente á la singularidad clásica del alma, para que represente el acuerdo que hace el *yo* en la forma animal, cuyo fin propuesto trae el símbolo director de aquella ley egregia que nos hace salir á que nos demos razon de nuestro sér por medio de la creacion natural de las formas. En dicha forma animal solo vemos que somos un resultado de los predilectos de aquella ley divina, pues pertenecemos á la fuerza intelectual que progresa sin límites; mas no podemos darnos razon de las causas que se efectuaron en la misma hechura de nuestro sér en la forma que representamos. De manera que si nuestra singular alma no ha contribuido con el acuerdo en ese principio de nuestro sistema que hace el conjunto arreglado de nuestra forma, debemos suponer que los elementos dan su materia, y el fluido de animacion comun da reglas en la forma, debidas á la voluntad de su animacion, sin completo acuerdo, pues el acuerdo se halla en la ley previosa por el Sér Supremo progresado ya hasta lo infinito. Ni el alma, ni ese fluido de animacion comun se hallan ántes de la forma creada con el progreso de los sentidos de ésta, que hacen con el alma el acuerdo de lo que se hace.

Es cierto que la inteligencia humana ha llegado á comprender en el obrar de la naturaleza muchas cosas procedentes de la reciprocidad elemental, y comprende que ademas de esta manera de obrar de dichos elemen-

tos, existe una idea separada de aquellas causas, cuyo misterio, los hombres por medio de la hiptóesis, lo han definido de dos maneras: unos han querido hallar la causa en la misma reciprocidad de las sustancias, y otros, exclusivamente en la obra divina. La especie humana es la poseedora de mejor grado de inteligencia en este mundo, pero tenemos que confesar que nuestra forma, es el producto que dá la naturaleza, y en tal caso allí existe una fuente intelectual, superior al producto que no sabe darse razon cómo se formó allí. Sin embargo, las dos hiptóesis ántes expuestas son el producto de la misma inteligencia que supera en este mundo, y creemos que tienen tambien sus razones fundadas ambas hiptóesis, aunque parezca un contraste en ellas. Las sustancias obran en la creacion, dando resultados con la naturaleza de las calidades á que pertenecen, y hallándose mezclados los elementos con las sustancias de animacion, la primera hiptóesis está fundada en la reciprocidad de las sustancias en general, en que las de animacion profujeron el acuerdo que se haya separado de las causas de obrar de dichos elementos. En la segunda hiptóesis en que se atribuye al misterio por causa á la obra divina, ya vemos que el mismo producto de la forma que trae animacion intelectual salido de aquel obrar, no se dá razon de sí mismo, sin embargo de ser una inteligencia, por lo que inconcusamente depende de otra superior que combinó un acuerdo general en el resultado cuya inteligencia se separa en superior al producto que recibe aquel efecto anterior previsto y combinado con mejor acuerdo. De manera que la creacion trae consigo las causas recíprocas de las sustancias, y á más la causa divina que combinó esa misma reciprocidad en ellas para que dieran en los seres de la creacion el resultado del fin propuesto por aquella inteligencia divina que, siendo superior á la humana, ésta no podrá darse razon de las

Combinaciones superiores que se efectuaron en la misma creacion de su forma, por ley superior.

Indagar cómo pueda ser esa causa divina, que obra esencialmente dentro de las demás leyes de la naturaleza, no podemos hacerlo detalladamente sobre aquella sabia y suprema combinación; pero relativamente podremos asemejar las combinaciones producidas por la inteligencia del hombre, pues éste también estudia, hasta donde alcanza, las cualidades de los elementos, y los saca de su inacción, poniéndolos en movimiento por el arte ó por medio de las reacciones químicas, para que den un resultado ya previsto con anticipación por el autor humano.

Siendo Dios el supremo sér que se halló con todas las sustancias desde la eternidad, nada más racional suponer que desde entonces combinó la obra de la creación, interviniendo con su acuerdo al moverse las sustancias para que dieran un resultado ya previsto por aquel Artífice Supremo. Con lo expuesto creemos aproximarnos á la definición del problema que el sabio y popular escritor Camilo Flammarion, pone cuando halla la existencia de Dios en los razonamientos que ilumina en su obra titulada "*Dios en la naturaleza*."

En los términos que llevamos dichos, se halla Dios constituido con el supremo acuerdo de lo que hace, reuniendo con esto la grandeza que lo caracteriza, y haciendo el bien universal.

Los humanos que, como las demás especies animadas tenemos la individualidad personal, y además la inteligencia, debemos suponer que ó somos alguna clase aproximada á ese Gran Sér, ó que hacemos alguna imitación, ó que estamos en principios de un periodo que nos conduzca alguna vez á la aproximación de El. Nos queda un vacío que no es posible llenarlo, para poder definir la circunstancia cualitativa de Dios.

La especie humana es el conjunto de individualidades, donde cada miembro pertenece á sí mismo y al común de su especie: cada uno es un sér separado que dirige sus acciones, y en cada uno se halla el efecto inteligente. De esta singularidad resulta el acuerdo de cada uno, en que se forma la historia de su vida personal, y compartiendo en sociedad un acuerdo común, resulta la historia de la especie humana.

Ahora bien, ¿es Dios una singularidad que forma un solo individuo, ó pertenece á una Divinidad amplificada? Hé aquí el problema que no sabemos resolver, y solo diremos que pertenece á la fuerza intelectual con una superioridad absoluta. No sabemos cómo, ni dónde esté su residencia, ni comprendemos cuáles sean sus principales atributos: reconocemos infaliblemente su existencia por muchas razones que nos tienen persuadidos. No lo juzgamos como un elemento que obra sin acuerdo de lo que ejecuta al practicar el bien general, no: lo reconocemos como la causa en que reside lo supremo en sabiduría. Dios no es un mito formado por la idea del hombre: es una causa reconocida por la razón de éste. Si en la idea queremos darle figura alguna, sería someterlo á las causas inferiores que hasta ahora han entrado por nuestra idea, sin más conocimiento que aquel limitado de las cosas que constituyen el mundo que habitamos.

El alma en el cuerpo con su calidad superior y con los elementos de los sentidos produce los efectos intelectuales, de lo que resulta el raciocinio en el hombre. De manera que la razón trae por origen la representación clásica del alma influenciada con los elementos del cuerpo; así es que la inteligencia y la razón traen un valor de procedencia anterior al cuerpo, que solo contribuye al resultado.

Quien pretenda saber si la idea de Dios es innata, ó viene después de la creación del hombre, que ocurra á su

inteligencia, y si á ésta la cree de algun valor en su sér innato, así mismo juzgue la idea de Dios; pero que reflexione primero que la materia trae consigo sus calidades innatas, y sin embargo, dicha materia jamas se dará razon de la idea de Dios.

Al decir que porque el hombre por todas partes tiene obstáculos, barreras y dificultades que no puede salvar ni destruir, se ha formado la idea de un sér superior, no se carece de razon para pensarlo así; pero decir que por esta causa ya Dios pertenece á la idea del hombre, y que por tal motivo es inferior á éste, constituye una version capciosa, propia solamente de seres limitados en su capacidad intelectual, á cuyo pié de tal version hace crisis la ignorancia ó malicia en el sentido que le dan. Si el hombre no tuviera obstáculos ni barreras que le estorbaran en sus indagaciones y en sus actos ¿para qué buscaba la existencia de otro sér superior á él? Uno de tantos obstáculos que se le presentan es el de no saber la sábia combinacion ejercida en la creacion ó hechura de su misma forma; y si por esta y por otras muchísimas causas tiene la idea de la existencia de un sér superior, ya por solo ésta ¿aquella personalidad superior es hechura del hombre? Quien tal dice, obra, ó maliciosamente, ó es un ignorante en sumo grado: y si no, ¿de qué se trata en la hechura, de la idea ó del sér? Si de la idea, nada más racional que darla quien pudo hacerlo, pues un sér irracional no podrá darla y esperarla de otro conducto que no sea el hombre: seria defecto de una ignorancia supina. Si se trata del sér, es un artificio engañoso, porque la idea es la indagacion por el juicio que formamos de alguna cosa, y el sér es lo que se halló ó se pretende hallar en ésta; de cuya idea resultó la indagacion, por causas de razon para ello. Si Cristóbal Colon con anterioridad de otros no hubiera tenido la idea de la existencia de las Américas, no habria sido impulsado para venir

á descubrirlas. Se ve que aquellos que formaron la hechura de un efecto llamado *idea*, no formaron la hechura de las Américas, cuyo efecto en la idea vino de la razon que tuvieron para indagar.

Ha habido quienes digan que el miedo en la mayoría de los hombres, ha sido la causa para la formacion imaginaria de la existencia de un Dios: tal version la admitimos en el mismo valor que contiene en sí, y decimos: el mismo miedo que el hombre tiene para negar á Dios le certifica su persuasion de aquella existencia; pues convencido de lo contrario, no temeria nada al negarla, y en tal caso, si la mayoría de los hombres tienen miedo de negar la existencia de Dios, es porque esa misma mayoría está persuadida de dicha existencia, y en todos los tiempos y casos, la mayoría ha sido admitida en razon. Por más persuadido que esté un individuo de la no existencia de Dios, nunca lo estará tanto como el que la afirma: aquel vacilará hasta de su propia existencia, y éste tendrá confianza de la suya y de la universal de los seres.

Para negar á Dios se necesitaria primero negar la existencia de una escala en superioridad del uno al otro sér de los existentes en el universo, cuya escala se manifiesta á cada momento relativamente á todas las cosas. El hombre no podrá estar seguro de la forma, atribuciones y residencia particular de Dios; pero sí podrá estar seguro y lo está de esa existencia divina, cualesquiera que sean las condiciones en que se encuentre, y en donde quiera que sea. Nosotros temeríamos negarla sin embargo de no saber cómo ni en dónde se halla, y para afirmar su existencia no tenemos miedo á la crítica de los demas que la niegan; aunque ya los conocemos y sabemos dónde residen. Los resultados que deben temer los que niegan la existencia de Dios, son los de no descender á una inteligencia vana, aventurada, presuntuosa y

llena de amor propio que los conduzca á ser censurados por los que conocen la incapacidad de que adolece cualquiera inteligencia, por muy elevada que sea, para saber más allá todavía, de donde ella misma no es capaz de darse razon de su propio estado que guarda en su ser.

Si difícil nos es evidenciar la existencia del sér que dió la ley para que se efectuara la creacion, arreglada á la naturaleza de obrar de las sustancias, mucho más difícil será negarla cuando los mismos hombres lo certificarán, por ser el producto resultado de esa misma ley de la naturaleza de Dios que pudo darla.

Ya hemos dicho que los elementos no podrán de por sí dar resultados en la creacion, que indiquen ningun acuerdo de razon: esta dimana de la ley de Dios que la posee, para dar un resultado en absoluta razon, y todos aquellos resultados irregulares de la creacion pertenecan á la naturaleza elemental. Juzguemos detenidamente este punto, y deduciremos, sin mucho trabajo, que Dios ha dado su ley para que se efectúe la creacion; y las sustancias al obrar por sus calidades, dan diversos resultados que vienen á ser sus leyes propias que, reunidas todas á la ley de absoluta razon, han dado en la creacion el resultado que se le ha nombrado "*la naturaleza*," de donde dimanaban todas las leyes naturales. Si consideramos el progreso intelectual de la especie humana, tal vez lo consideremos infinito, y para ello solo será necesario que la especie se perpetúe viviendo en este mundo. Y si consideramos la infinidad de otros mundos que existen en la inmensidad, en donde habrá seres inteligentes con una escala de progreso que no conocemos, y con otras calidades superiores que podrán tener, ¿cuál no será la proximidad hácia Dios de esas clases? Si el Universo estuviera limitado á solo la existencia de la tierra, no tendríamos embarazo para decir que la especie humana era la iniciada á formar la clase superior ó divina.

Dios es, pues, en el Universo, un sér constituido en la esencia intelectual y formado de por sí con sus propias circunstancias, en donde reasumirá su individualidad la suprema singularidad esencial que lo representa incluido en las cosas reales de las sustancias.

## CAPITULO V.

### LOS DOS POLOS DE LA INMENSIDAD Y LA CREACION.

Con el nombre de "Los dos polos de la inmensidad," se quiere significar lo más grande y lo más pequeño. Aceptamos esta significacion, siempre que se trate de las dimensiones de los cuerpos, desde los soles del Universo hasta los átomos, y no admitimos la de lo infinitamente grande al tratar de la inmensidad del Universo, ni la de lo infinitamente pequeño al hablar de los cuerpos, porque no están en relacion del uno al otro polo que se trata de indicar. En lo que se denomina infinitamente pequeño, se halla la unidad del átomo, representando un sér, ya sea de la materia ó ya del espíritu: en lo que se denomina infinitamente grande, se halla el espacio infinito del Universo, en donde tienen su morada tanto los átomos como los inmensos cuerpos siderales. Hemos visto "En los mónstruos invisibles" por Aristides Roger, parte 7<sup>a</sup>, capítulo XI, el encabezado que sigue: "Los dos polos de la inmensidad," y su contenido que dice: "Entre estos dos extremos invisibles, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, si buscamos qué sitio es el nuestro, nos quedaremos sorprendidos y espantados á la vez. Por de pronto, ¿estamos á igual distancia de esos dos polos de la inmensidad? Esto no es probable: comparados con el infusorio, somos todo un universo, y tenemos, sin embargo, un principio y un fin: comparados con el Universo, somos mucho ménos que el infusorio, y